



La Santa Sede

**DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO
A LOS DEPENDIENTES DE LA FARMACIA VATICANA
CON MOTIVO DEL 150° ANIVERSARIO DE LA FUNDACIÓN**

Sala Clementina

Lunes, 18 de septiembre de 2023

[Multimedia]

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Saludo al Card. Vérguez, Presidente de la Gobernación, Sor Raffaella Petrini, Secretario General, el Padre General Fray Jesús Etayo Arrondo, el Consejo, el Director Fray Thomas Binish, con los consagrados de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios y todos vosotros, queridos colaboradores y empleados de la Farmacia Vaticana.

Es un placer encontraros al acercarse el 150 aniversario de su fundación. Al ir a las raíces de vuestra historia, me gusta recordar que la institución cumplió un sueño del Papa Gregorio XVI, monje camaldulense que tenía muy presente la importancia de la farmacia anexa al monasterio. Fue después el Beato Pío IX quien realizó este sueño, confiando al Superior General de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios la tarea de dar vida a una farmacia en el Vaticano. La Orden, de hecho, tenía una larga tradición en este ámbito, con la farmacia de la casa religiosa que en muchos lugares también realizaba un servicio para las personas externas. Así fue elegido como primer farmacéutico entre Eusebio Frommer, religioso de los Hermanos de San Juan de Dios, y comenzó vuestra historia, única en su género. ¡Hace 150 años!

Siempre recordando, casi hojeando un álbum de fotografías juntos, es bueno recordar un momento importante, es decir, el servicio de vuestra Orden durante el Vaticano II. Todas las

mañanas, antes del inicio de las sesiones conciliares, el local de la Farmacia estaba lleno de obispos de todas las nacionalidades para la compra de medicamentos y, mientras un pequeño grupo de consagrados intentaba satisfacer las solicitudes en los diferentes idiomas, otros dos religiosos enfermeros estaban presentes en los puestos fijos de primeros auxilios junto con un médico y dos camilleros, para cualquier otra necesidad.

Y llegamos a nuestros días, ahora, con su Farmacia que no se diferencia de las demás solo porque se dedica al servicio directo del Sucesor de Pedro y de la Curia Romana, sino también porque está llamada a un "suplemento de caridad", realizando un servicio que, además de la venta de medicamentos, debe distinguirse por la atención a las personas más frágiles y por el cuidado de quienes se encuentran en la enfermedad. Es un compromiso dirigido no solo a los empleados del Vaticano y a los residentes en la Ciudad del Vaticano, sino también a aquellos que necesitan medicamentos especiales, a menudo difíciles de encontrar en otros lugares.

Quisiera daros las gracias por esto: gracias a los Hermanos de San Juan de Dios, a los colaboradores laicos, a los farmacéuticos y a los empleados, a los que trabajan en los almacenes y a todos los que colaboran en esta obra. Gracias por su profesionalidad y dedicación, pero también por el espíritu de acogida y disponibilidad con el que llevan a cabo su tarea, que a veces requiere esfuerzo y, como sucedió especialmente durante la pandemia, disponibilidad para el sacrificio.

No es fácil para vosotros, y ya no lo es en general para los farmacéuticos, en los que pienso en este momento y a los que me gustaría dedicar un pensamiento. A ellos llegan muchas personas, especialmente ancianas, que a menudo, en los ritmos frenéticos de hoy, necesitan, además de una medicina, una atención, una sonrisa; necesitan un oído, una palabra de consuelo. No olvidéis esto: el apostolado de los oídos. Escuchar... no es mala idea. Parece aburrido, a veces, pero para la persona que habla es una caricia de Dios a través de vosotros. Y los farmacéuticos son esta mano cercana, y tendida, que no solo pasa los medicamentos, sino que transmite coraje y cercanía. ¡Gracias a vosotros y a todos los farmacéuticos por esto! El vuestro no es un oficio, es una misión. Gracias.

Queridas hermanas y hermanos, seguid adelante: vosotros, comunidades de los Hermanos de San Juan de Dios, farmacéuticos, colaboradores y empleados, con generosidad, porque cada día podéis hacer mucho bien, tanto para hacer que el servicio de la Farmacia Vaticana sea cada vez más eficiente y moderno, como para manifestar ese cuidado atento y esa acogida atenta que son testimonio del Evangelio para cuantos entran en contacto con vosotros.

Tened mucha paciencia, recordando que la paciencia es la prueba de fuego del amor. Y, por último, un pequeño consejo espiritual: de vez en cuando alzad los ojos hacia el Crucifijo, dirigiendo la mirada al Dios llagado y herido. El servicio que prestáis a los enfermos es un servicio hecho a Él. Y es bueno obtener del Médico celestial paciencia y benevolencia, y la fuerza para

amar, sin cansarse. En su escuela, desde la cátedra de la cruz hasta el mostrador de la farmacia, también vosotros podéis ser cada día dispensadores de misericordia. Os bendigo y os pido, por favor, que recéis por mí. Gracias.

L'Osservatore Romano, Edición semanal en lengua española, Año LX, número 38, Viernes, 22 de septiembre de 2023, p. 4.